

ALICIA ALONSO EN MIS RECUERDOS

Por: **Oscar Torrado**

El 15 de septiembre de 1995 Laura y yo llegamos a La Habana, con un montón de equipaje, ilusión, muchísimas ganas de aprovechar el tiempo y bailar, bailar mucho.

Un mes antes –cuando nuestra incorporación al Ballet Nacional de Cuba ya era un hecho–, durante unos cursos de verano en el Escorial, organizados por la entonces Cátedra Alicia Alonso de la Universidad Complutense, le comenté a Alicia que me gustaría poder recuperar el tiempo que había perdido como bailarín clásico. Yo ya había tenido un recorrido profesional clásico y contemporáneo, y en ese momento era miembro de la Compañía Nacional de Danza, dirigida por Nacho Duato, donde llevaba tres años haciendo su repertorio. Alicia, con una sonrisa, me contestó que no me preocupara. Creo que ella tenía muy claro lo que me esperaba.

Para la navidades de ese año, solo cuatro meses después de haberme integrado en el BNC, ya había estrenado los ballets completos, en su rol principal, de *Don Quijote* (5 funciones en 2 semanas), *El lago de los cisnes*, *Giselle* y los pas de deux de *Diana y Acteón*, *Don Quijote* y *Lecuona Pas de Deux* (coreografía que Josefina Méndez creó para Laura y para mí). Recuerdo la extenuación, lle-

gaba agotado por las noches a casa debido a la intensidad de los ensayos y a la rapidez con la que me tenía que aprender todo los papeles y el repertorio de la compañía. Pero también recuerdo mi felicidad y el dolor físico no me importaba, incluso bailé *Diana y Acteón* con un esguince, a los quince días de llegar a Cuba. Quería bailar como fuera.

Tiempo después, en una conversación con Alicia y repasando todo lo que ya había bailado, le dije: “*Alicia, usted se tomó al pie de la letra lo de recuperar el tiempo perdido*”. Ella soltó una carcajada y me respondió: “*viste Oscar, Óscar, tú me lo pediste y así lo estamos haciendo, te estamos sacando el kilo*”. Gracias a ella, que me dio esa oportunidad, recuperé lo que siempre me había gustado, el ballet clásico. Tuve una carrera internacional y conseguí lo que siempre había soñado.

Fueron años duros porque llegamos a Cuba en pleno periodo especial. El embargo de Estados Unidos hacia la isla estaba en pleno apogeo, sin embargo, era una época gloriosa para la compañía por la calidad de sus bailarines y el equipo de profesores que lo integraban. Durante los años en el BNC pude hacer infinidad de giras internacionales, con largos periodos de hasta tres meses. Dimos la vuelta al mundo con gran reconocimiento, incluido Estados Unidos en varias ocasiones. Un verano se realizó una gira por Italia, España, Francia y Suiza, y solamente de *El lago de los cisnes*, que era uno de los programas que llevábamos, se hicieron 52 representaciones.

En la cercanía era un placer hablar con Alicia. Siempre te enseñaba cosas, anécdotas de Mr. B. (Balanchine) de cuando ella trabajó con él, de Igor Youskevich y de muchas otras estrellas de su época que hicieron historia en el ballet. Pero no solo hablábamos de temas relacionados con la danza. Le apasionaba la astronomía y todo lo que tuviera que ver con el espacio. También de teatro, de política... le gustaba aprender.

Siempre me acordaré de su tamborileo con los dedos sobre la mesa, con sus uñas larguísimas y bien cuidadas, cuando se le planteaba una cuestión y tenía que meditarla. No le gustaban las “malas palabras”, te regañaba si decías alguna. Para nosotros los españoles “culo” no es



Laura Hormigón y Oscar Torrado tomando clases con Alicia Alonso

una mala palabra y en ballet se utiliza la expresión de “apretar el culo” para el control del cuerpo, equilibrios, giros, saltos, etc. En Cuba se dice “cola” o “colita” y yo, sabiéndolo, a veces la provocaba y lo decía en las reuniones que teníamos con ella, que se ruborizaba, miraba para otro lado y con sonrisa pícaro me decía: “... *pero ¡que mal hablados son ustedes los gallegos!*”.

En una ocasión, mientras se hacía el montaje de Shakespeare y sus máscaras –su versión de Romeo y Julieta en la que Laura y yo fuimos el elenco de estreno–, se me ocurrió decirle a Alicia que por el momento, las variaciones de Romeo no estaban siendo demasiado complicadas. Al día siguiente, una de sus asistentes y responsable del montaje, Ana María Leite, me dijo: “*Oscar, ¡apretaste!, no se qué le dijiste a Alicia pero ayer se pasó la tarde montando las variaciones y le ha puesto de*

todo a Romeo”. A partir de ese momento se complicó más la técnica del personaje.

Fue un verdadero privilegio trabajar con Alicia porque te lo enseñaba todo y no se guardaba nada, quería que aprendieras. Eso también se lo inculcó a sus maestros. Era muy generosa y no es habitual en una persona de esas características y esa trayectoria internacional compartir todos sus conocimientos. Estamos hablando de la última diva que quedaba en el mundo del ballet.

De ella aprendí que un bailarín, por muy grande que sea, siempre tiene que ser constante y disciplinado con su entrenamiento, ser humilde y ser un eterno estudiante. Cuando un bailarín piensa que lo ha conseguido todo, empieza su declive.

¡¡Gracias Alicia por tantas cosas!!, por haberme hecho disfrutar de mi profesión y por tu amistad.



Alicia Alonso con Oscar Torrado